

# ¿Cuál iglesia?

James W. Nichols

¿Qué estaría dispuesto a dar usted a cambio de que todas las personas religiosas pudieran unirse en un solo cuerpo? ¿Cuántas veces no hemos dicho que daríamos *cualquier cosa* con tal de que pudiéramos todos ser uno? Es posible—si nos propusiéramos cumplir tal objetivo en la forma como Dios lo ordena. ¿De qué iglesia deberíamos hacernos miembros para estar unidos?

Volvamos los ojos al Nuevo Testamento y veamos cuál fue la iglesia de la que los primeros convertidos al cristianismo se hicieron miembros. En Hechos 2, encontramos la historia de las primeras conversiones al evangelio de Cristo. Se habían reunido en Jerusalén judíos de todas las naciones, con el fin de adorar a Dios siguiendo los mandamientos del Antiguo Testamento. En ese grupo estaban los mismos hombres que, tan sólo unas pocas semanas atrás, habían clamado que Jesús debía ser crucificado. Con un gran estruendo, el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles, cuando éstos estaban orando. Fueron bautizados con el Espíritu. Cuando los judíos que estaban adorando en la ciudad vinieron a ver la causa del ruido, ellos oyeron a los apóstoles, ya llenos del Espíritu, predicando el evangelio en diferentes idiomas. Al comienzo, los apóstoles fueron acusados de estar ebrios; pero Pedro proclamó que ellos estaban hablando la palabra de Dios. Luego acusó al pueblo de haber crucificado al Señor. Cuando entendieron que Jesús era verdaderamente el Cristo, se asustaron y clamaron: “Varones hermanos, ¿qué haremos?”. Después esto es lo que leemos:

Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo... Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas... Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas,... alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos (Hechos 2.38–47).

¿De cuál iglesia se hicieron miembros? ¡Ellos no se “hicieron miembros” de nada! El Señor los añadió a la iglesia. No podemos hacernos miembros

de la iglesia neotestamentaria. Podemos hacernos miembros de una secta mediante la obediencia al credo de ella; pero de la iglesia no podemos hacernos miembros, pues el único que puede aceptar o rechazar nuestra conversión es Dios.

No solamente no se hicieron miembros de nada los primeros cristianos, sino que no tenían opciones en cuanto a algún otro grupo al cual pudieran entrar. Sólo existía la iglesia y nada más que la iglesia. No es prerogativa del hombre elegir. Si yo oigo el evangelio y creo de todo corazón, me arrepiento de mis pecados, confieso a Cristo, y soy bautizado hoy día, ¿en qué me convierte todo esto? Si en los tiempos de Pedro tales acciones añadían gente a la iglesia, ¿por qué no han de hacer lo mismo hoy día?

Una vez que somos añadidos a la iglesia, debemos tener extremo cuidado de ser partícipes de la adoración junto con la iglesia neotestamentaria. Si soy añadido a la iglesia del Señor y luego asisto regularmente a los servicios de una secta, ¿qué irá a pensar el Señor? Si hemos obedecido explícitamente los mandamientos, y luego me reúno con un grupo que no adora según los preceptos y ejemplos de la palabra de Dios, ¿iremos a ser contados como miembros fieles de la iglesia?

Alguien podría preguntar: “¿Quiere decir usted que sólo hay una iglesia?”. Yo sólo encuentro una en el Nuevo Testamento. Las diferentes congregaciones predicaban la misma doctrina y evangelio, y adoraban de la misma forma. No había opciones, y cuando algunos de Corinto formaron sectas y siguieron a los hombres, Pablo los reprendió: “Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer...” (1 Corintios 1.10–13). Necesitamos que surjan hombres como Pablo y nos muestren la manera como estamos dividiendo a Cristo a través de nuestras confesiones.

Esto fue lo que Cristo dijo: “... edificaré mi iglesia” (Mateo 16.18). No dijo: “Edificaré mis confesiones con diferentes clases de doctrinas”. ¡Él hizo énfasis en la necesidad de que haya unidad,

cuando oró en Juan 17, por que todos sus discípulos fueran uno, así como él y Dios eran uno! El mundo religioso está poniendo en ridículo a Cristo al dividirlo y al predicar diferentes doctrinas. ¿Estarán en lo correcto todas estas confesiones? ¿Podrán estar en lo correcto? Pablo dijo que debemos estar “unidos en una misma mente y en un mismo parecer”.

Esto es lo que leemos: “Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros” (Romanos 12.4–5). Nuestros pies no cumplen el mismo propósito de nuestras manos u oídos; pero pertenecen al mismo cuerpo, el cual es controlado por la mente. Los diversos miembros de nuestro cuerpo no se dividen ni actúan en forma contraria entre ellos. Siendo la iglesia el cuerpo de Cristo, ¿cómo podrán todas las confesiones ser parte de ese cuerpo, cuando ellas se contradicen entre sí? Esto es lo que dice Colosenses 1.18: “... y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia,...”. En Efesios 1.22–23 dice que la iglesia es su cuerpo. Efesios 4.4, dice que “[hay] un cuerpo...”. En 1 Corintios 12.12–26, leemos que somos muchos miembros, pero lo somos de un solo cuerpo. *Si la iglesia es el cuerpo y sólo hay un cuerpo, entonces sólo puede haber una iglesia verdadera.*

Debemos buscar y hallar la iglesia que se describe en el Nuevo Testamento. Si un niño se extraviara, primero obtendríamos una descripción de éste antes de comenzar la búsqueda. Trataríamos de averiguar cuán alto es, cuánto pesa, qué color de ojos tiene y qué ropas lleva puestas, con el fin de reconocerlo. Igual pasa con la iglesia. Podemos recurrir al Nuevo Testamento y hallar allí la descripción de la iglesia. Luego, cuando hallemos la que coincida con la descripción, conoceremos que habremos hallado la verdadera iglesia neotestamentaria.

En primer lugar, necesitamos hallar un grupo que acepte la Biblia como la palabra de Dios y como el único credo o manual de fe. Esto fue lo que Pablo le dijo a Timoteo en 2 Timoteo 3.16–17: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”.

En segundo lugar, necesitamos hallar a un grupo que toma de las páginas del Nuevo Testamento el nombre con el que se le conoce a nivel de grupo e individual. En 1 Corintios 1.2, se le llama

“la iglesia de Dios”. En 1 Timoteo 3.15, se le llama: “la iglesia del Dios viviente” En Efesios 1.22–23, y Colosenses 1.18, dice que es el cuerpo de Cristo. En Romanos 16.16, Pablo se refirió a la colectividad de las congregaciones como “las iglesias de Cristo”. Por lo tanto, una congregación sola sería una iglesia de Cristo. Cualquiera de estos nombres sería bíblico y correcto, para referirse con ellos a la iglesia que fue comprada con la sangre de Cristo. A los cristianos en particular se les llama “discípulos” en Juan 15.8, y en Hechos 11.26. Se les llama “santos” en Romanos 1.7, y “hermanos” en 1 Corintios 15.6. En Hechos 11.26, Hechos 26.28, y en 1 Pedro 4.16, se les refiere como “cristianos”.

No nos corresponde a nosotros escoger el nombre que debemos llevar. La iglesia le pertenece a Cristo, y nosotros, como miembros que somos de esa iglesia, también pertenecemos a Cristo. Por lo tanto, debemos llevar el nombre “cristiano”.

Algunos preguntarán: “¿Puede haber diferentes clases de cristianos?”. ¿Acaso hubo diferentes clases de cristianos en el Nuevo Testamento? ¿Qué eran los discípulos de la iglesia de Antioquía? Eran cristianos; pero ¿de qué clase? W.D. Campbell contaba acerca de una familia que se dividió por causa de una elección presidencial en 1880. El padre estaba a favor de James Garfield, y la madre apoyaba firmemente a Winfield Hancock. Una vez un visitante vio a la niña de la casa, que llevaba una bandera y en broma le preguntó si ésa era la bandera de Garfield. Volviéndose a su madre, dijo: “No”. El visitante preguntó: ¿Es una bandera de Hancock? Volviéndose a su padre, nuevamente respondió: “No”. “Bien, ¿qué clase de bandera es?”, insistió el visitante. La niña comenzó a llorar y dijo: “es simplemente una bandera”. Ella entendió que para preservar la paz de su hogar, ella debía evitar referirse a la bandera. Deberíamos tomar en cuenta que para preservar el favor paternal de Dios, no debemos aceptar otro nombre que no sea aquel que esté expresado en el Nuevo Testamento, y ser cristianos solamente.

En tercer lugar, necesitamos hallar un grupo que crea en que para ser salvo, uno debe obedecer los mandamientos del Señor, y que cada uno de éstos, tal como los expresa el Nuevo Testamento, es esencial para nuestra salvación.

Muchas personas parecen creer que ciertos mandamientos no son importantes. ¿Habrá algunos que no lo sean? ¿Cómo podríamos hacer caso omiso del mandamiento a creer? Más bien, esto es lo que leemos: “Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le

buscan” (Hebreos 11.6). ¿Cómo podríamos hacer caso omiso del mandamiento a arrepentirnos, cuando Cristo mismo dijo: “... si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente”? (Lucas 13.5). Pedro predicó que los pecadores deben arrepentirse (Hechos 2.38). No habría manera que yo quisiera arriesgarme a perder mi lugar en la ciudad eterna por querer desacatar este sencillo mandamiento. ¿Podríamos desacatar el mandamiento a confesar el nombre de Cristo? ¡Jamás! Esto es lo que dice en Romanos 10.10: “Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación”. Ahora, cuando del bautismo se trata, tengo amigos a los que les gustaría cambiar el mandamiento a sumergir en agua por el de rociar o vaciar ésta sobre el creyente. A otros les gustaría decir que este mandamiento no es esencial para la salvación. No obstante, cuando abro la Biblia hallo que la palabra bautismo significa inmersión o “sepultura” en agua. Pablo habló en Romanos 6.4, acerca de ser “sepultados” juntamente con Cristo por el bautismo. El eunuco etíope, según Hechos 8, tuvo que descender al agua junto con Felipe, para ser bautizado. Si al eunuco pudiera habersele rociado o derramado agua encima, ¿por qué se molestarían los dos en descender al agua? Hay quienes están de acuerdo en que el bautismo es una inmersión pero sostienen que no es importante. Pedro dice, en Hechos 2.38, que el bautismo es “para perdón de los pecados”. A Pablo le mandó Ananías a levantarse y bautizarse, y lavar sus pecados (Hechos 22.16). Pedro dijo que el bautismo nos salva (1 Pedro 3.21). El bautismo es demasiado importante como para hacer caso omiso de él. Si hay algo que sea necesario para nuestra salvación, entonces debemos tener suficiente aprecio por nuestras almas como para hacer exactamente eso.

Luego, necesitamos hallar un grupo que adora a Dios en espíritu y en verdad. Esto fue lo que Cristo dijo: “Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Juan 4.24). La adoración a Dios en espíritu exige que nos entreguemos totalmente a ella. La adoración a Dios incluye no sólo lo que hay dentro de nosotros, sino también lo que nos rodea. Esto fue lo que Cristo le pidió a Dios en Juan 17.17: “Santíficales en tu verdad; tu palabra es verdad”. La adoración a

Dios en verdad ese refiere a adorarle de conformidad con su palabra. Si Dios nos dice que cantemos, debemos cantar; si Dios nos dice que oremos, debemos orar. El mandamiento de Dios en el sentido de cantar deberá excluir cualquier otro modo de hacer melodía, si es que queremos ser cristianos neotestamentarios. Necesitamos hallar un grupo que participe de la Cena del Señor el primer día de la semana, cuando se conmemora la muerte y sufrimiento de Cristo (Hechos 20.7).

Por último, necesitamos hallar a un grupo que crea en que uno debe perseverar fielmente hasta la muerte y que lo practique (Apocalipsis 2.10).

Cuando hayamos encontrado a un grupo que coincida con todas las anteriores descripciones, podremos tener certeza de que hemos hallado la iglesia neotestamentaria, aquélla a la cual el Señor añadió los que fueron bautizados en Hechos 2. Amigo, esta es la única manera de poder tener unidad. No podremos encontrar la unidad en las federaciones, ni las conferencias, ni los concilios, pues éstos no son más que uniones—no son unidad. Al estar unidos, hablaremos las mismas verdades, creeremos en la misma doctrina, y adoraremos al mismo Dios de una misma manera.

Amigo, obedezca los mandamientos del Señor tal como él los dio, y no trate de hacerse miembro de nada, pues es el Señor quien le añadirá a la iglesia. Asegúrese de que la congregación con la cual se reúne esté adorando en palabra y en obra, de conformidad con la enseñanza del Señor. Si usted sigue la enseñanza del Nuevo Testamento, sabrá que está en lo correcto y que tiene su esperanza cimentada en Cristo para la eternidad (Hebreos 5.9).

Por supuesto que todo mundo desea ser salvo. ¿Por qué no hacer preparativos para ser salvos? Oramos porque usted hará un examen de su vida y de su forma de adorar, y si descubre que carece de algo, oramos porque sea sincero y honesto lo suficiente, como para cambiar de rumbo y corregir todas las cosas.

---

Esta lección fue adaptada de una serie de transmisiones radiales impresas del *Herald of Truth*. Se reimprimió con permiso. James W. Nichols, G.K. Wallace, y C.E. McGaughey, *The Churches of Christ Salute You (Las iglesias de Cristo os saludan)* (Abilene, Tex.: Beacon Publications, 1953), 121–127.